

CUENTO DE NAVIDAD

Había una vez un Rey que se llamaba San Nicolás. Era grande y gordo, con bigotes y una barba blanca largota. Aunque no le gustaba el comunismo no se vestía sino de colorado hasta el gorro. Casi todo el mundo lo quería porque daba muchos regalos y cada año decretaba unas fiestas bien buenas en las que todos se abrazaban y se regalaban aguinaldos, y las calles y las casas se llenaban de arbolitos y de luces de colores. Para las fiestas mandaba traer lo mejor de todos los reinos de la tierra porque sus arcas estaban llenas de monedas de oro negro, que era el que más valía, y de perlas. Pero a algunos no les gustaba el Rey porque, aunque era tan dadivoso, repartía haciendo grandes diferencias entre sus vasallos y no miraba tanto por el futuro del reino como por hacer que todos lo siguieran queriendo aunque él fuera un poco injusto y hubiera nacido en otro reino. Los verdaderos amigos del Rey, que dentro de las comarcas del reino eran pocos, recibían los mejores regalos y hacían que los demás, los indios, los negros, los moros y todos los pobres de cualquier color que fueran, trabajaran para ellos para que así justificasen los pequeños regalos que recibían.

Entonces, estando cerca la gran fiesta, los ancianos Sabios de los indios, de los moros y de los negros vieron en el cielo una estrella rara que significaba Justicia y decidieron ir a la ciudad casa del Rey a preguntarle si era cierto. El Rey San Nicolás oyéndoles se quedó perplejo y mandó llamar a sus consejeros para preguntarles si podía haber mejor reino. Que no, decían los consejeros, que era imposible; cierto que en Oriente hablaban de reinos de justicia, pero allá mandaba el diablo y a la gente la obligaban a odiar a los Reyes y a sus amigos y después no la dejaban ser libre y le quitaban todo y les cortaban la lengua.

De todos modos —dijo el Rey a los Sabios— aunque no puede haber mejor reino, vayan y busquen a ver si hay algo que valga la pena. Así —explicó luego el Rey a sus consejeros— tendremos a los soldados listos porsia.

Pero los ancianos Sabios no regresaron al Palacio porque no encontraron nada. Dieron vueltas y vueltas por toda la ciudad y sus muralla oyendo cantos, risas y triqui-traquis y aunque seguían viendo la estrella de Justicia en el cielo no encontraron nada. Ya de regreso, vieron en las afueras a una pareja —habían venido a pedir un crédito artesanal— que esperaba el autobús con un niño envuelto en pañales, una maleta de cartón y un perro. Como les pareció que se detenía la estrella, se pararon para hablar con la mujer. Ella era dulce, con el niño en su regazo y el perro lamiéndola, pero desvariaba: decía que el niño era el Enviado, Jesús, el Salvador, y que ese muchacho creciendo derribaría del trono a los poderosos y exaltaría a los humildes, y que los primeros serían los últimos, y que fuego traería a la tierra. La estrella se apagó y los Sabios siguieron su camino porque era tarde para oír desvaríos y al día siguiente todo estaría cerrado en la carretera por la fiesta.

Nunca supieron los ancianos Sabios que de grande el niño moriría a manos de San Nicolás, sus amigos y la policía. Y menos pudieron imaginar que todavía ese Muchachito vive! Y es indio, y es negro y es moro y es del color de todos los pobres del planeta. Feliz Navidad y a ver qué hacemos para los ochenta.

NOTA: De acuerdo a nuestra costumbre, para facilidad de nuestros suscriptores, consideramos la suscripción automáticamente renovada, a menos que se exprese el deseo explícito de retirarse. Agradecemos que cancelen su renovación al principio del año.